

## EL ESTANDARTE DE LA MUJER FUERTE DE NUESTROS DÍAS

*(El Padre Watrigant s.j., Director de la Biblioteca de Ejercicios, en dos cartas escritas al Padre Grenón, s.j., desde Enghien (Bélgica), dice que el opúsculo "El Estandarte de la Mujer Fuerte" fue traducido al francés por el Venerable Receveur, fundador de una congregación de Religiosos del Retiro y de otra congregación de Religiosas del Retiro.*

*Dicho Venerable Receveur lo tradujo de otro escrito en alemán intitulado: "Der Christliche seeleneiser, eines americanischen Franzenzimsmer".*

*La cual traducción alemana es versión del opúsculo italiano intitulado: "Il santo zelo d'una americana. Al sesso divoto di Europa".*

*La presente, es versión castellana del opúsculo francés "L'Étendart de la femme forte" (publicada en 1791), traducido por el Dr. Honorio Martel y publicada en Buenos Aires, 1899.*

*Como se verá, esta relación se compone de fragmentos de cartas, las cuales al pasar del castellano al francés y ahora del francés al castellano, van con redacción algo diferente al de su primer original y con un lamentable recargo de galicismos.)*

Cuando sobrevino el gran escándalo del anticristianismo de los tres últimos siglos, empezó por la emulación de los monjes y se consumó en nuestros días por una envidiosa cábala de malos sacerdotes. Dios había suscitado a su servidor Ignacio: *Jurabit Dominus et non poenitebit eum*. Después de tal juramento y de reiteradas promesas, podía razonablemente preguntarse el por qué del nacimiento de San Ignacio y de Lutero, descubriéndonos Dios las dos Indias. ¿Por qué en este tiempo los negros ya más humanos, más fieles que nosotros, por un comercio infame han sido transferidos a la América? ¿Por qué vemos a los señores feudales rusos mejor civilizados que lo somos nosotros, darnos hoy la lección e imponernos la ley? ¿Por qué? ... ¿Por qué? ... ¡Oh Dios mío, cuán insondables son vuestros decretos y cómo por mil acontecimientos preparados por vuestra sabia providencia, anuncias vuestra gloria!

El estandarte de esta Orden eterna, es rechazado a un pequeño rincón del norte de Europa, *posuit tenebras latibulum suum*, pero él se encuentra felizmente defendido por una mujer ilustre que le hará reaparecer con mayor esplendor del norte al medio día del Nuevo Mundo. Yo no trato de detallar lo que se ha hecho al norte de Europa, ni los progresos rápidos sorprendentes que hace nuestra santa religión en la América Septentrional bajo el estandarte de San Ignacio; baste decir que su primer Obispo, su primer seminario y el primer convento que han aparecido en el transcurso de un año, son objetos dignos de nuestra admiración. Me limito, pues aquí, a hablar de la grande maravilla de nuestros días, de esa mujer fuerte que con el estandarte de San Ignacio ha subyugado y asegurado a su legítimo soberano una gran parte de la América Meridional. Yo no diré nada que no esté conocido en Roma. Es de las cartas de esta heroína escritas a los jesuitas desterrados en Italia y de otras

que yo he extraído, todo lo que voy a relacionar y si se duda, estoy pronto a ponerlas a la luz, tales como han sido escritas.

María Antonia de San José es su nombre. Nació en Santiago del Estero, ciudad de la América Meridional una de las más considerables del Tucumán y de una de sus principales familias. Ella vivía en una comunidad de jóvenes que no tenían instituto fijo. Sin votos, sin clausuras, servían a Dios con la más edificante regularidad, en la práctica de todas las virtudes cristianas, bajo la dirección espiritual de los Padres de la Compañía de Jesús. Para evitar todo pretexto de distinciones mundanas, ellas renunciaban a su nombre de familia y tomaban el de algún santo. Es por esto que se ignora el que correspondía a María Antonia.

Habiendo sido desterrados los Jesuitas de los Estados del Rey de España en América, María Antonia se afligió extremadamente por cuanto veía privada a la religión de los grandes servicios que ellos le prestaban. Lo que preocupaba más su ánimo, era la discontinuidad de los ejercicios espirituales de San Ignacio, que habían hecho tanto bien y que no se habían suplido; algunos sacerdotes habían querido renovarlos en 1770 y lo habían ensayado durante cinco años, pero sin ningún éxito; se decía entonces que se tenía lo bastante y que se estaba hartado; esto causó bien pronto una relajación por toda la América Meridional. Ella sintió entonces, un deseo ardiente de reparar esta pérdida de una manera o de otra, que de pronto no puede determinar, pero ofrece generosamente su concurso en cuanto esté en su poder.

Como su deseo no procede de otro motivo que el de la salud de las almas y aumento de la religión, no duda que su pensamiento procede de Dios, lo comunica a su confesor que le aprueba y la recomienda al Obispo, que lo consiente como igualmente al Magistrado de la ciudad.

María Antonia tenía entonces 33 años. Ella vistió hacia el año 1775 un traje de jesuita, con una capa que le había dejado uno de los misioneros desterrados. Con una cruz en la mano exhorta a la penitencia, eligiendo por superiora de su misión a Nuestra Señora de los Dolores y a San Estanislao de Kotska por patrón.

Todo marchaba según sus deseos. El primer retiro se dio en una casa particular muy cómoda; pero poco después fue considerada estrecha, obteniendo entonces el permiso de hacer dar los ejercicios espirituales en el colegio mismo que fue de los Jesuitas. Este se encontraba vacío, todos sus muebles habían sido vendidos. Uno de los primeros eclesiásticos que ella comprometió a darlos, fue el Padre Diego Toro, ex provincial de la orden de la Merced, y otros sacerdotes para las demás funciones. De esta manera apercibióse bien pronto el gran provecho que resultaba a las almas, tanto en la ciudad como en los pueblos de los alrededores, lo que la hizo tomar la resolución de extender estos ejercicios y sus trabajos por todo el virreinato.

Ella va a Jujuy, ciudad distante doscientas millas de Santiago, para tratar con el Obispo de esta diócesis y obtener su permiso. De allí va cuarenta millas más lejos, a Salta, donde reside el gobernador; el uno y el otro encuentran ridículo y extravagante su pedido; sin embargo el obispo habiendo examinado más maduramente su espíritu y la manera con la

cual conduce su empresa, después de diversas pruebas le acuerda, como igualmente el gobernador, la aprobación y permiso necesario, expidiéndole cartas de recomendación para los vicarios y oficiales subalternos, de las ciudades y distritos de su jurisdicción, por los cuales ella se proponía pasar, ordenándoles asistirle en su empresa con cuanto estuviera en su poder.

No obstante estas recomendaciones, ella experimentó más que nunca toda clase de contradicciones, pues fue tratada de ebria, loca, fanática y hasta de bruja; a otros causó suma sorpresa, ver aparecer de pronto a una mujer hasta entonces desconocida, sin ciencia, y aún a lo que parecía sin capacidad, y que se mostraba bajo estas apariencias.

Después del destierro de los Jesuitas de América, los católicos que les eran afectos, estupefactos, no habían osado declararse en su favor, estaban como los discípulos a la muerte de Jesucristo dispersos y nada les parecía más extraño que ver a María Antonia exhortarles a hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio, cuya idea estaba casi olvidada. Pero Diego Toro que la acompañaba, les citó como San Pedro en su primer sermón, la profecía de Joel: *et erit in novissimis diebus, dicit Dominus: effundam spiritum meum super omnem carnem et prophetabunt filii vestri, et filiae vestrae, senes vestri sommia sommiabunt, et juvenes vestri visiones videbunt.*

Entonces prestándole atención, se cambió de parecer y bien pronto se pasó del desprecio a la admiración, se creyó ver reaparecer el espíritu de San Ignacio y allí donde antes se la había rechazado encuéntrase que había algo del celo del Jesuita en lo que María Antonia emprende. Llegan a asegurar que era un jesuita disfrazado; esta idea que la ignorancia engendra, se propaga durante algún tiempo, pero María Antonia con su confianza en Dios, su constancia y su fuerza sobrenatural, triunfa en fin del respeto humano y continúa promoviendo los ejercicios en toda la vasta provincia de Tucumán, San Miguel, hoy (ciudad de Tucumán), San Fernando de Catamarca, Córdoba, etc.

Desde 1775 hasta 1779, recorrió las ciudades, aldeas y desiertos con los pies descalzos: *ut gigas ad currendam viam.* Su espíritu verdaderamente gigantesco, habría querido extender su carrera a todos los países para extender la gloria de Dios y atender a la salud del prójimo. Tan pronto deseaba llevar sus conquistas hasta el Cabo de Hornos y escribía que estaba preparada para ir a Flandes u otras partes, si así era la voluntad de Dios. Andaba constantemente acompañada por dos mujeres indígenas y algunas veces por señoras que querían seguirla; una de éstas no la dejó jamás, a pesar de la repugnancia que tenía María Antonia de tenerla como compañera por causa de su excesiva belleza.

En fin el gran teatro de sus trabajos se fijó en Buenos Aires, donde se presentó al Obispo en 1779, siendo al pronto rechazada. Ella no se acobardó y durante más de nueve meses, de tiempo en tiempo, vuelve a la carga. La misma cosa le sucede respecto del Virrey; pero insistió con tanta modestia, humildad y constancia, que se vio obligado a acceder su pedido, determinándole a esto, el que un día María Antonia se le presentó con ese aire de franqueza tan natural a los santos que defienden la causa de Dios, le representa con energía el gran perjuicio que está causando a los pueblos con su inmotivada negativa; y contra su

costumbre se retira en el acto de su presencia, pero las palabras de esta mujer le quedan fijadas en su mente y por una fuerza sobrenatural le causan tal impresión, que aún cuando hasta entonces se había rehusado dar su consentimiento a la empresa, a su parecer jesuítica, despreciando todo respeto humano, acuerda todo lo que se ha pedido.

Acontece poco después, que aquél que le había despreciado más, insultado y ridiculizado y cuyo nombre se silencia, cayó en la desgracia, fue desterrado a Filipinas a pesar de su nobleza y del rango que tenía en el gobierno.

El Obispo la había dado su consentimiento y su bendición.

María Antonia, aún cuando carecía de dinero, alquiló de pronto una casa de las más espaciosas de la ciudad por 55 coronas por mes y la proveyó de todos los muebles necesarios, como igualmente de capilla y empezó a dar retiros o sean datas, separadamente de ejercicios, unas veces a hombres y otras a mujeres, llegando su número hasta el de doscientas, trescientas y cuatrocientas personas. No se apercibe ningún síntoma de aflojamiento, como acontece frecuentemente en tales empresas, donde se trata solo de la obra de Dios. Aquí aumentan siempre y su éxito es completo, llegando a extenderse algunas datas hasta 500 personas incluyendo los sirvientes. Los corredores y hasta los patios se llenan de camas. Las damas de la alta sociedad y más delicadas, se mezclaban con las indígenas, negras y mulatas, de la más baja condición, teniendo por lecho algunas una dura tarima.

“Los sacerdotes, escribe la Madre María Antonia, los hacen con la más santa emulación y cuando salen me parecen haberse convertido en jesuitas.”

El Obispo prescribió la obligación de hacer los Santos Ejercicios como preparación a los que aspiraban a recibir las órdenes sagradas.

Desde este tiempo se establecen congregaciones que no existían, sobre todo la de la Buena Muerte.

El buen efecto que producen los ejercicios espirituales, traen una reforma gradual y general en las costumbres de esta ciudad; una de las más importantes. Después de destierro de los jesuitas, el teatro y todos los placeres mundanos habían tomado el lugar de los retiros; pero bien pronto un cambio en el modo de sentir, hizo ver los espectáculos abandonados, el lujo desaparecido y la nueva Babilonia convertida en penitente Nínive.

Lo que contribuyó más a este cambio fue la llegada del virrey del Perú Don Manuel Queiros y su esposa; estos dos grandes personajes entonces en desgracia, volvían de Lima a Madrid. Su historia y la de los monasterios de Roma y de Madrid etc... tienen más de un punto de relación, con los asuntos de la Compañía de Jesús, que lo que se piensa. Sobre este punto escribía el Cura de...Buenos Aires: “Usted y los otros nuestros conciudadanos desterrados, guardais siempre silencio; pero permitidme decir que sabemos más de lo que suponéis. *Nihil est occultum quod non revelabimur*. Nosotros conocemos los artificios de que se ha valido para calumniaros. No digo más por el momento.”

Indudablemente, todo se aclarará en el gran día en que los jesuitas vuelvan a ser restablecidos. Se verá entonces hasta qué punto el partido antijesuítico había hecho servir

falsas noticias... como pretexto para calumniarlos y medio de destruirlos; ¡ay de mí! ellos tenían al Perú del cielo y nosotros sufrimos su pérdida; el Rey de España en particular, aseguraba el suyo en la conciencia de sus gobernantes, guiados por estos mismos misioneros, enviados inmediatos del Vicario de Jesucristo, del cual me atrevo a decir que eran sus ministros favoritos.

El Virrey y su esposa atestiguaron su grandísima estimación por Doña María Antonia y quisieron hacer un retiro en su casa, lo que ejecutaron con la más grande edificación y aplauso universal.

Tuvieron frecuentes conferencias con ella.

Sumergidos como estaban al llegar, en la más profunda aflicción, no encontraron ningún consuelo en las demostraciones públicas de respeto que se les hacía. Ellos no encontraron descanso sino en las conversaciones con que les consolaba María Antonia y les llevaba a resignarse con la voluntad de Dios. Ella fue su oráculo y cuando se embarcaron para España, la pidieron de rodillas su bendición y recomendáronse a sus oraciones. Después de una feliz travesía y de un éxito favorable en su negocio, contra lo que esperaban, fueron bien recibidos en la Corte, lo que parecía habérselos predicho María Antonia, cuando les impulsaba el esperar y poner toda su confianza en Dios.

El orden que María Antonia siguió en sus retiros, es el mismo que seguían antes los Misioneros de la Compañía; ella sabe que todo depende del buen espíritu del que les da; que es una gracia particular que Dios acordó a San Ignacio; es por esto que ella no emplea sino sacerdotes en los que reconoce existe el verdadero espíritu de este gran Santo y sobre lo cual, el Señor le ha dado el don de un discernimiento admirable.

Durante ocho o diez días de ejercicios, estaba prohibido toda comunicación de fuera y dentro se hacía observar gran silencio; al fin de cada retiro, los ejercitantes van juntos en dos filas a la parroquia, donde se expone el Santísimo Sacramento; recorren muchas calles de la ciudad, acompañados por sacerdotes y cantando las letanías de la Santísima Virgen y otras oraciones: así con la más grande devoción, en medio de un concurso de pueblo que no disminuye nunca y siempre enternecido e impresionado, los ejercitantes van a rendir gracias al Padre de las Misericordias. Este espectáculo edificante atrae sucesivamente a otros a las datas, de suerte que van en aumento y se hacen espléndidas conversiones. Acontece muchas veces que los pecadores más escandalosos e inveterados, concluyen sus días con una muerte preciosa a los ojos de Dios y de los hombres, probando así la bondad de los retiros.

En todo este trabajo María Antonia no ejecuta, sino lo que le es permitido a una mujer hacer: ella no enseña ni predica y no tiene ninguna dirección inmediata de almas, pero en toda ocasión, ella exhorta sin cesar a los ejercitantes a la penitencia, a llenar sus obligaciones, a confesarse y corregirse en sus faltas; se impone la tarea de hacerlos instruir en los puntos esenciales de su religión si los ignoran; vela sobre los maestros y maestras a quienes encarga esta instrucción: ella emplea sobre todo sus cuidados y todos los medios

posibles para conservar la inocencia de la juventud; es el objeto favorito de su celo, de su espíritu y de su discernimiento.

Parece que este don le ha sido dado por el cielo en grado eminente, se la viene a consultar por cosas íntimas de todas partes, y aun cuando habla poco, sin elocuencia ni corrección, pocas palabras bastan, ellas están preparadas por la reflexión, llegan al corazón más bien que al oído y son siempre adaptables al objeto y dejan una fuerte impresión, siendo raro no produzcan otros buenos efectos. Ignora el menor artificio, le es desconocida la intriga; un amable candor la hacer usar igual afabilidad para con todos, sin acepción de personas, distinguiéndola en toda su conducta, la simplicidad de la paloma, unida a la prudencia. Todo lo que sirve a su persona y manera de vivir parece más bien despreciable, si no es que fuera realzado por su celestial modestia y de manera tan agradable que gana los corazones al servicio de Dios.

He aquí lo que escribe la R.M. del Convento de Santa Catalina en Buenos Aires: "Esta admirable hija a lo que me parece, tiene el corazón de cada uno a su disposición; ella hace lo que quiere para el bien de las almas. Creo que este don particular de ganar así los corazones, proviene en alguna manera del hábito de San Ignacio, porque en fin el mundo es siempre el mismo. No son sino los enemigos de los jesuitas los que no estiman particularmente a aquellos o aquellas, en las cuales observan alguna semejanza con ellos y que practican lo que han visto hacer."

Nuestra apostólica María Antonia, dice otro, hace aquí lo que hacía la Compañía; pues lleva en su corazón el extracto de su espíritu en toda su extensión y cumple como ella toda la justicia.

P.E. "Se ve todos los años aumentar las comuniones pascales y en cuanto a la frecuente comunión, ella no descuida nada para empeñar a los ejercitantes."

Voy a transcribir la solicitud que presentó con este motivo al Obispo de Buenos Aires, con todo lo que siguió:

"María Antonia de San José, vuestra humildísima sierva, hace presente con el más profundo respeto, que anhelando por medio de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, trabajar a la mayor gloria de Dios y salud de las almas, y estimando conveniente a este fin, suplicar que nuestro Santísimo Padre el Papa, se sirva acordarnos algunas gracias espirituales que coadyuven a nuestros débiles esfuerzos; vengo a suplicar a Vuestra Ilustrísima con toda sumisión, el apoyar por gracia nuestra solicitud, atestiguando el bien que han producido hasta el presente estos ejercicios, y de qué manera han agradado a Dios bendecir los trabajos de la mínima y más indigna de sus siervas.

Dignaos al mismo tiempo expresar los métodos observados hasta el presente, para llevar las almas a la salud y a la perfección y dar tales informes según la verdad, sobre cada artículo relativo al mayor bien de las almas y a la mayor gloria de Dios."

El Obispo le dio el testimonio siguiente:

"La suplicante María Antonia de San José, según información de testigos irreprochables y mi propio conocimiento, está empleada humildemente desde hace nueve

años, en procurar los Ejercicios Espirituales a los habitantes de ésta. A fines del año 1779 requirió mi permiso para abrir una casa para practicar dichos ejercicios, los que rehusamos al principio con la intención de experimentar su espíritu y reconocer su misión. Nosotros nos certificamos de su conducta durante nueve meses consecutivos, en que examinamos las vistas y motivos que podían guiarla en esta empresa. Nos la desechamos muchas veces y de una manera bastante dura, como si hubiésemos desaprobado sus acciones, ella ni nos importunó, ni buscó recomendaciones para su pedido.

Ella no hizo sino reaparecer de tiempo en tiempo para renovar su solicitud; siempre con profunda humildad e igual tranquilidad, recibía rechazo cada vez, dejándonos con un aire contento. En fin, después de diversas pruebas, no hemos podido dudar por más tiempo, que ella ha sido excitada y conducida por el espíritu de Dios que elige los débiles y enfermos para confundir a los fuertes... Nos accedimos a su petición en Agosto de 1780.

Ella abrió una casa de Ejercicios Espirituales en esta ciudad de Buenos Aires en la que ha producido y continúa produciendo un gran bien en el pueblo, lo que nos hace regocijarse grandemente en el Señor y reconocer la mano del Padre de las Misericordias, que por su medio vuelve al rebaño las perdidas y dispersas ovejas.

Ya más de quince mil personas han hecho sucesivamente los Ejercicios Espirituales en esa casa, durante diez días, y han sido debidamente alojados y alimentados sin ningún gasto de su parte y sin que pida ninguna limosna. Rarísima vez se ha dirigido a Nos con este motivo, a pesar de nuestros ofrecimientos para ayudarla en sus piadosas tareas. La generosidad de la Divina Providencia ha provisto de todo lo necesario y de una manera verdaderamente admirable y es una prueba más de la protección que Dios la dispensa.

Nos hemos examinado el método y las reglas que se observan durante los Ejercicios Espirituales, y visto sus buenos efectos, los creemos irreprochables y santos.

Gran número de personas carecían de pastor en estas inmensas y salvajes comarcas y estaban privadas de la recepción de los sacramentos, han venido a esta casa de retiro, donde han llorado los desórdenes de su vida pasada y reconciliándose con su Dios. Las personas tibias vuélvense fervorosas y las virtuosas adelantan en el camino de la perfección.

Nos mismos estando próximos a regresar a España para pasar al Arzobispado de Compostela, hicimos en esta Casa los Ejercicios espirituales y hemos sido muy edificados en el Señor.

Nos podemos asegurar a Vuestra Santidad, fundados en nuestra propia experiencia, como por las relaciones de otros, que los frutos espirituales de esta institución son muy amplios. Por estas causas "motu proprio" le hemos acordado los privilegios e indulgencias que están en nuestra facultad. *Creemos firmísimamente que Vuestra Santidad puede con toda seguridad acordar a la suplicante todas las gracias espirituales que juzga conveniente, a fin de impulsar, consolar y confirmar a los fieles en la práctica de los Ejercicios, por los cuales pueden recuperar, conservar y aumentar la gracia de Dios para su eterna salud. Tales son nuestros verdaderos sentimientos que firmamos de nuestras manos y refrendamos con nuestro sello el 13 de febrero de 1784.*"

Firmado: F. Sebastián, Obispo de Buenos Aires.

Esta solicitud fue presentada y puesta en manos del Secretario del Papa.

N.B: Fue contestada: *Reformetur preces*, a causa del nombre de Ignacio, natural e incidentalmente puesto por María Antonia hablando de los Ejercicios. Fue menester recopiar sin ese nombre. Entonces obtuvo las indulgencias plenarias para tres días en el año.

“Pero no se ha considerado, dice ella en sus cartas, que los retiros se hacen durante todo el año”; por consiguiente se vio obligada recurrir nuevamente a Roma.

Había pedido igualmente un oratorio privado y un altar portátil, muy necesario en sus carreras apostólicas; esto le fue rehusado, porque se decía que la suplicante no era de elevada alcurnia; pero el Obispo le acordó lo que Roma rehusó y además el permiso a los sacerdotes de confesar, administrar y exponer el Santísimo Sacramento.

A pesar de todas estas trabas y contradicciones, todo prosperaba en la empresa de María Antonia y según cartas recibidas en 1788, había conseguido con sus misiones que más de 70.000 personas hubiesen hecho retiro.

Lo que causa la sorpresa y admiración de cada uno, es el sustento durante esos retiros, el cual es verdaderamente milagroso y cumple la palabra de Dios: *Quarite primum regnum Dei et haec omnia adjicientur vobis*.

Es otra multiplicación del pan; porque no es otra cosa el que consta se da a tantas personas y que aprovechan hasta los presos y los pobres de la ciudad. Ella se anticipa al pedido de los pobres vergonzantes para aliviarles. Nada falta a los ejercitantes; ellos tienen frutas al almuerzo y tres platos al medio día, mate de yerba paraguaya con azúcar. El Obispo, que viene alguna vez para exhortar a los ejercitantes, prueba estos manjares y los encuentra muy buenos. Es verdad que el clero, la nobleza y todo lo que constituye el vulgo del país, concurren; pero con todo eso, ella misma lo dice, no sabe de dónde le viene esta abundancia, aun en tiempos de carestía y escasez; y es por esto que se da a la Casa de Ejercicios el nombre de Casa de la Providencia.

Esta ha sido alguna vez visiblemente milagrosa y respecto de esta providencia recordaré algunos casos. Un día que asistía a los ejercicios que se daban a más de cien mujeres, había una porción para treinta personas; la cocinera estaba muy dificultada, cuando María Antonia vino a la cocina para arreglar las porciones, porque no venía a otra cosa, llenó todos los platos y cada uno en cantidad suficiente. De lo que quedó hubo bastante para distribuir a los pobres. La cocinera, a quien pasó esto, lo ha escrito.

En otra ocasión antes de comer no había grasa para preparar la comida y la cocinera no sabía dónde encontrarla; ella había advertido muchas veces a María Antonia, que en esos momentos estaba muy ocupada con los ejercitantes, la respondió con aire muy tranquilo: “Id a decir a nuestra abadesa lo que falta”, entendiéndose por tal, Nuestra Señora de los Dolores, Patrona y Superiora de los retiros; momentos después. Un desconocido que llegó a caballo golpeaba la puerta de atrás, llevando provisión de grasa y sebo para hacer velas.

Han acontecido, dice la carta del Americano que relaciona estos hechos, muchas otras cosas admirables, que prueban la bendición de Dios sobre estos retiros, guiados y sostenidos por la fe viva de María Antonia; pero una carta de ella dirigida a uno de sus antiguos directores, no puede pasarse en silencio: “Yo no doy, dice, ningún paso en estas empresas, antes de haber comprendido bien, si es una orden de Dios, que parece entonces conducirme por la mano, aun cuando no pueda decir cómo ese se hace; agregaré solamente a efecto de hacerlos conocer la amable Providencia de Dios sobre mí, que no obstante no soy sino una indigna y miserable creatura, que en mis largos y penosos viajes, a través de desiertos inhabitados en medio de lagunas y ríos desconocidos y muchos otros obstáculos, yo no he sufrido daño considerable. Cuando estuve en Catamarca fui desahuciada del médico y encomendándome entonces al Sagrado Corazón de Jesús me encontré curada pronto sin ningún otro remedio. A consecuencia de una caída me rompí una costilla, en otra ocasión me disloqué un pie, pero fui curada una y otra vez por el contacto de una mano invisible.”

Siempre ocupada en la gloria de Dios y la salud del prójimo, quería dar un asalto espiritual general, por medio de misiones extraordinarias, tales como hacían antes los Jesuitas en América y perpetuar los retiros después de su muerte, para lo que desearía ver establecidos conventos de Visitandinas y Ursulinas en todas las ciudades españolas.

A pesar de tan vastos proyectos, ella siempre realmente pobre y personalmente carece de todo.

Ningún objeto temporal la ocupa; ella dice por el contrario, que no habría jamás querido empezar ni emprender nada semejante con todos los tesoros del Rey. Su manera de vivir no desmiente sus sentimientos: de siempre llevando un cilicio, durmiendo muy poco y esto sobre una tarima; jamás come carne y, como se ha observado, se alimenta con pan y agua y un poco de sopa; si retarda los ejercicios por algunos días, lo que acontece raramente es para entregarse a prácticas de mortificación extraordinarias, que oculta bajo una fisonomía siempre alegre. En fin, aquellos que nos hablan de sus austeridades y de sus continuas fatigas, nos dicen que no comprenden cómo se bastaba a tantos trabajos, flaca, débil y delicada como era. Ella es, dice, una de las más fervorosas misioneras apostólicas que se han visto y su vida es un milagro continuo.

Su caridad indecible alivia y pone en paz las familias, media en las diferencias entre el Obispo y el Gobernador del cabildo y clero inferior; en fin, todo el pueblo la consulta y la llama Madre.

Un día, dice Americano, me encontraba en compañía del señor Obispo y le oí proferir estas palabras: “Si María Antonia supiese el gran bien que hace con los Ejercicios Espirituales, sólo respecto al matrimonio, enderezando los desórdenes y las costumbres viciosas, jamás querría dejar de continuarlos y extenderlos.”

Así acontece que todos los Obispos la invitan a que los haga dar en sus diócesis, tanto en los retiros cuanto en sus visitas canónicas; el de Tucumán, que es Obispo, la ordena volver, y ella lo habría hecho, si el Gobernador no se lo impidiera y el Obispo de Buenos Aires

no hubiese retenido para reparar, decía, el tiempo que la había hecho perder. Él habría deseado tenerla en España, cuando fue llevado al arzobispado de Compostela, pero Dios lo ha dispuesto de otro modo.

Solicitada en Montevideo desde tiempo atrás, acabamos de recibir en Roma una carta de María Antonia, fechada en Colonia del Sacramento de 23 de noviembre de 1790. Esta noticia es tanto más interesante para religión, cuanto que se sabe que esta santa Colonia, modelo de otras, ha sido el primer objeto del infierno desencadenado.

Permitid, ¡gran Dios!, que se convierta en teatro de vuestro triunfo. “Continúo siempre en la misma ocupación de los retiros espirituales...El concurso es muy grande, pero la falta de confesores y de sacerdotes asistentes me causa mucha pena, pues por esta razón no puedo recibir el número de personas que desearía y que se presentan por sí mismas, muchas manifiestan gran pesar de quedar aplazadas a otro tiempo.”

Esta falta de sacerdotes es una causa “de gran inquietud y que aumenta todos los días, porque no están dirigidas por aquellos que habrían podido ayudarme y enviarme confesores, para los cuales yo ofrezco pagar gastos de viaje y manutención. Puede ser que Dios lo permita así para manifestar su poder y que con la ayuda de pocos obreros pueda verificarse la conversión y santificación de muchas almas. Pero, según mi pobre y poco entender, espero que Él me ha de proveer de más gran número de buenos sacerdotes para facilitar y abreviar la obra que se ha dignado comenzar aquí. Recomendadme a la memoria de todos nuestros queridos hermanos en el Señor y suplicadles rueguen mucho por mí. Decidles que en medio de mis ocupaciones continuas, no he descuidado celebrar la fiesta de mi querido San Estanislao de Kotska con mi familia espiritual y mis amigos”.

Se dirá, recordando o relacionando otras muchas cartas de América, que María Antonia viendo los prodigiosos efectos de sus inmensos trabajos apostólicos, debería abundar en consolaciones, ¡no!; ella declara a aquellos en quienes ha puesto su confianza que está llena de aflicciones interiores y que su corazón está como extenuado de ansiedad y de sufrimientos. La persecución que sufre la Compañía de Jesús, es la causa; pues se ve que sus misioneros no trabajan en la viña del Señor, por lo que no cesa de pedir su restablecimiento.

Ella tuvo, sin embargo, como lo ha confesado, algún consuelo y el Señor le ha dado ciertas luces. Un día en que se dirigía a San Estanislao, a quien había elegido por patrono, vió por revelación un gran navío como una iglesia llena de luces, que se extinguían sucesivamente, de suerte que llegó a encontrarse en una horrorosa obscuridad, lo que la hizo llorar amargamente, no sabiendo dónde dirigir sus pasos, hasta que al fin vió una pequeña luz, que se tornó en gran claridad en un pequeño lugar del rincón en que estaba. Muchos ángeles tenían una antorcha apagada en la mano y trataban de volver a encenderla sin éxito. En aquel tiempo, dice la carta, se ignoraba aquí lo que acontecía en Rusia; pero cuando lo supimos, no fué difícil explicar esta revelación. Ella recomendaba sin cesar, rogar a Dios para obtener el restablecimiento de su Compañía, de la que hablaba con grande entusiasmo y la más generosa unción; no era necesario sino tocar ligeramente este motivo, para excitar

en ella una conmoción general de todas sus piadosas afecciones; tan reservada como era en todas las materias, en ésta ella se expresaba con una suerte de arrobamiento y sin ninguna reserva.

“Si se pudiese, dice la carta, narrar todo lo que se dice de místico y arrebatador con este motivo, qué de cosas admirables saldrían a la luz. Que no tenga, dice nuestro corresponsal americano, la pluma y el espíritu del R. P. Luis Dupont, para escribir la vida y las virtudes sublimes de esta otra Marina de Escobar y referir las revelaciones misteriosas que le son comunicadas por el cielo.”

En sus cartas escritas a los jesuitas desterrados en Italia, que ha conocido, se queja de su silencio al respecto: "me comprendéis, dice, yo no debo explicarme más; imploremos a los Santos de vuestra Compañía".

En otra: ¿Cuándo me comunicaréis, querido Hermano, lo que deseo ardientemente saber?; sabéis de lo que quiero hablar. ¿Cómo es posible que hasta el presente no hayáis podido enviarme algún consuelo? ¿Es sólo Dios el que debe realizar esta obra o está reservada a alguno sobre la tierra? Que la voluntad de Dios se cumpla, en cuanto a mí me basta; este acontecimiento tan deseado llegará ciertamente, aún cuando no sepa cómo; y es con este pensamiento que me consuelo.”

En otra dice todavía: "Extraño no hayáis comprendido en el acto la causa de mi ansiedad y de la pena interior que siento en medio de los consuelos que Nuestro Señor me da y que de ninguna manera merezco; por cuánto en otra ocasión y en otros términos, yo os rogaba me dierais algunas noticias que pudieran aliviar mi pena. Yo no he supuesto ni podido suponer, que ignoréis la causa de mis sufrimientos interiores, que no es otra, querido Hermano, sino que la Compañía de mi muy amado Jesús no exista y haya sido arrojada y desterrada de éstas vastas provincias y reducida a habitar un pequeño rincón del Mundo; esta es la verdadera causa de mi aflicción, por lo cual os ruego me digáis alguna cosa de mi Madre la Santa Compañía de Jesús, si hay esperanza en Europa de verla volver a nosotros. Mi esperanza es tan firme y tal, que no puedo pensar en otra cosa. La razón es: cómo sería posible que Dios, a quien yo le pido sin cesar después de tantos años, permitiera que aumentase y fuera cada vez más firme mi esperanza, si fuera vana y sin fundamento."

Los Jesuitas de Italia, a quienes escribía y que la habían conocido, de pronto les costaba concebir su admirable empresa y la tuvieron secreta, no hablando jamás sino entre sí y con grandes precauciones, y sólo después que la cosa se hizo pública en Roma, se permitieron publicar sus cartas y las de sus otros corresponsales.

Para obtener este delicado objeto de sus deseos, María Antonia aumentó considerablemente el culto de San Ignacio y de los otros santos de la Compañía, que había decaído después del destierro de los jesuitas. Los pueblos muy dispuestos estaban de su parte y supimos que volvieron a tomarlos con gran esplendor; y, sintiendo más que todo la pérdida que habían sufrido, tiene la misma esperanza de María Antonia y experimentan tal seguridad por la vuelta de la Compañía, que los padres disponen a los hijos a recibirla, contándoles todo lo que de ella se sabe y cuánto ella ha hecho por ellos. Se han visto esos niños el día de San Ignacio, al salir de sus escuelas, gritar por todas las calles: ¡Viva San Ignacio!

La esperanza ha aumentado mucho a causa de un temblor de tierra en Arequipa, en cuya ciudad sólo quedó subsistente el colegio de Jesuitas en medio de las ruinas de todos los edificios destruidos, de lo cual se deducía un feliz presagio para su vuelta. "Es evidente, dice una carta americana, que la misma bendición se extenderá en el porvenir sobre otros estados del mundo que respondan al espíritu de San Ignacio y de su Compañía."

Este tiempo no parece lejano, sobre todo en América, donde se tiene gran necesidad de su asistencia y de sus trabajos, porque hasta el presente los jesuitas no han sido reemplazados por otros eclesiásticos. No es en las representaciones que han sido hechas con este propósito a los Virreyes y a la corte de Madrid, que me fundo; tengo otros motivos que me persuaden ventajosamente; sé que muchas personas piadosas levantan día y noche las manos al cielo con este motivo; otros se han sometido a grandes sufrimientos y otros han tenido grandes luces del cielo: sería, sin duda, una temeridad rechazar tantos motivos de esperanza.

No ha mucho tiempo que conversando con un santo sacerdote de la ciudad de Córdoba, muy experimentado en la dirección de las personas devotas, me dijo que había tenido señales extraordinarias de la vuelta de los Jesuitas, de parte de dos almas elegidas, por lo cual no tenía ninguna duda. María Antonia era una de ellas; ésta le declaró antes de ir a Buenos Aires, que no volvería a su país antes que los Jesuitas no fuesen Restablecidos. La otra se llama *Catalina del Sagrado Corazón, en Córdoba* (edad al presente de cuarenta y cinco años), la cual penetrada de dolor a causa de la expulsión de la Compañía, ofreció al Señor soportar todos los tormentos con que le agradare afligirla, hasta su vuelta, para poder ser enterrada en su iglesia con mortaja de Jesuita, que se había procurado de uno de estos misioneros; el Señor la escucha y sufre sin cobardía y sin quejarse desde este tiempo, atestiguando aún el más grande gozo y dice frecuentemente que cuando los Jesuitas vuelvan habrá llegado su tiempo de ir al cielo. Lo que es más sorprendente es que regularmente en el año tiene un día exceptuado de penas y es el de Navidad. Entonces ella sale por sí misma del lecho, se viste sola, va a la Iglesia, oye misa, se confiesa y comulga; y, en habiendo acabado sus devociones acostumbradas, vuelve a su casa, comenzando de nuevo sus sufrimientos ordinarios, que la retienen en el lecho hasta la fiesta de Navidad del año siguiente. Se ha notado que su gozo ha aumentado mucho en estos últimos años. Se la permite comulgar en su casa tres veces a la semana.

Hay, pues, todavía en este mundo mujeres, que para confusión de los hombres destructores, protegen y conservan el espíritu de San Ignacio y de su Compañía, levantando su mismo estandarte: *"cual María Antonia que se la considera en la América Española como un resto de la piedra de ese gran edificio que los enemigos de la Iglesia han querido destruir. Ella apareció, dice una carta, para confusión y vergüenza del clero, tanto regular como secular"*.

En efecto, ¿quién podrá cambiar su proyecto de volver, los Jesuitas iguales a ellos o de destruirlos? ¿Esas traiciones, esas pequeñeces, esas vías, de hecho van bien imitadas para anonadar a los que escuchan los consejos de su Padre? No de otro modo, como los hermanos de José, han asistido a los tristes funerales de los que morían en Israel para enterrar sus hermanos sobrevivientes en Egipto. Si, vive todavía esta corporación al Norte de

Europa y el espíritu de su Santo Fundador reaparece de un polo al otro de América.

María Antonia es la *mujer fuerte* que ha levantado de nuevo el estandarte en el cual está escrito: *Deum time: Regem honorificate: servi, subditi estote.*

Así, después de largo tiempo y allí donde hubiese Jesuitas y el espíritu de San Ignacio, que es el de Jesucristo (me permito usar estos términos), jamás se arrepentirá el Señor de su divina inauguración: *Jurabit Dominus et non poenitebit eum, tu es sacerdos in eternum.*